

presenta de esta obra (1), con las notas de Max Nettlau, es sencillamente estupenda. Los traductores, Marisol de Mora y Javier Echevarría, completan su trabajo con un brillante y agudo prólogo, que es quizá lo mejor que hemos leído sobre Bakunin en este año de su centenario. ■
FERNANDO SAVATER.

(1) *Confesión al Zar Nicolás I, de M. Bakunin*: Col. Maldoror, 1976.

“Mi fe no es una droga”

Es este un libro (1) que no ha sido fácil de publicar, a pesar de creer muchos que las cosas han cambiado profundamente en el país. Su sinceridad humana, su espontaneidad religiosa, su estilo sin eufemismos, no han agradado a algún editor católico progresista. Pero, por fin, una editorial comercial se decidió a publicarlo gracias a la perspicacia selectiva de Antonio Aradillas.

Yo no sé qué decir de este libro, sino expresar más detalladamente lo que acabo de señalar. Ese es su mejor homenaje, porque no estamos acostumbrados a ello. Hoy vivimos de la “pose” más que del descubrimiento sencillo de la intimidad sin alharacas, triunfalismos ni

(1) Francisco Nátera: “Mi fe no es una droga”. Ed. Sedmay. Madrid, 1976.

demagogias. Parecemos espontáneos, y somos deudores de una moda de progresismo católico que está cortado todo él por el mismo patrón rebuscado, que corresponde a análoga estructura mental de base de la fase rígida, anacrónica y desfasada en que se movió el catolicismo hasta el Concilio. No nos olvidemos que los países de influencia católica decimonónica han quedado marcados —se sea o no creyente ya— por una manera de pensar, de razonar, que tiene todas las características de una lógica infantil, inmadura, simplista, catalogadora en dicotomías superficiales, que todavía perdura en España, aunque muchos se hayan apartado del catolicismo. El modo de pensar, la estructura mental adquirida como marco de nuestras ideas, sigue todavía mucho más de lo que se cree.

En cambio, el libro de Francisco Nátera, un ex jesuita que nos cuenta sus avatares dentro y fuera de la Compañía con sinceridad, pero con cariño comprensivo de los hombres que le rodearon, explica como la cosa más natural del mundo sus problemas psíquicos de aquella época suya anterior, las reacciones de sus superiores, el proceso de secularización, su inserción en el mundo y la toma de conciencia crecientemente madura que ha experimentado, tanto en los problemas de la fe como en los problemas del mundo, que para él se unen en su conciencia personal.

Es Nátera todo menos un erudito, a pesar de que ha leído abundantemente; pero el contacto con el libro se le hace artificial, y prefiere —con razón— la vida a la letra escrita. En algún aspecto me recuerda su postura a la también llena de espontaneidad de ese hombre independiente que es el francés Marcel Légaut. Como él se ha desarrollado en su fe y en su humanidad, con naturalidad, sin seguir las corrientes progresistas de cliché estereotipado que hay ahora en la Iglesia. Su pensamiento, expresión siempre de su fe vivida, es abierto, inconformista, preocupado por los demás, y siempre chocante para los bien pensantes o bien situados, a pesar de su amabilidad.

Ha accedido a esta postura sin voluntarismo forzado alguno, como la cosa más normal del mundo. Y eso que le ha pasado a Nátera se trasluce en su libro, aunque este proceso íntimo haya estado ayer lleno de dolores y de dificultades, que han sido disueltos en esta naturalidad de su obra escrita.

Lo social y lo individual parecen perfectamente integrados en el libro, y sus afanes hacia una sociedad realmente humana y justa son norte de su vida, como se evidencia en este libro de confesiones personales sin adscripción a ninguna línea política de grupo, pero sí en una línea de izquierda real más que de partido.

Quien desee librarse por unas horas de este trajinar crispada-

mente en pro de la propia importancia, o de la propia cultura, o del propio protagonismo, que lea estas páginas de un creyente independiente, que le ayudarán sin duda a vivir unos momentos de superación de este afán de superioridad neurótica que nos invade, y desarrollará en él —si es creyente agobiado por la crisis de la Iglesia— sus tendencias a una mayor sencillez y espontaneidad religiosa y humana. ■
E. MIRET MAGDALENA.

“Agricultura y Sociedad”

“No se trata de una revista técnica sobre temas exclusivamente agrarios: se buscará un enfoque interdisciplinario, económico, sociológico, histórico, antropológico y cultural que tenga como protagonista, aunque no como único personaje, a la agricultura”. Este ambicioso planteamiento es, según explica Luis Gamir en la presentación, el que se hace la nueva publicación “Agricultura y Sociedad”, editada por la Secretaría General Técnica del Ministerio de Agricultura. La revista (cinco números al año) está dirigida por el ingeniero agrónomo Antonio Gámez y tiene como subdirector a José Antonio Gómez Marín. Un amplio consejo de redacción interdisciplinar (veintisiete miembros) les asesora en su tarea. El diseño es de Alberto Corazón.

Este primer número (octubre-diciembre 1976) incluye seis estudios, diversas notas bibliográficas y una sección final de documentación, dedicada aquí a Joaquín Costa, con un amplio estudio preliminar de Alfonso Ortí.

Los estudios abarcan temas muy diversos: desde notas para una definición sociológica del campesinado (Sevilla-Guzmán y Pérez Yruela) a un polémico análisis de la población activa en la agricultura española (Mario Gaviria). Jordana y Keller hacen un análisis coste-beneficios aplicado a la agricultura; Malassis trata del papel de la agricultura en etapas de recesión económica; Giner y Salcedo, de la emigración. Gámez, en su trabajo, sostiene que una política agraria supuestamente neutral favorece la proletarianización y explotación del campesinado. Gaviria señala que las estimaciones sobre población activa agraria en España son desmesuradas (hay encuestas oficiales con errores por exceso del

